

# Àfrica Alonso

---

Una luz tímida

---





Seix Barral Biblioteca Breve

---

# Àfrica Alonso

## Una luz tímida

---

© África Alonso, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.seix-barral.es](http://www.seix-barral.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: mayo de 2024

ISBN: 978-84-322-4361-5

Depósito legal: B. 5.225-2024

Composición: Moelmo, SCP

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

*Printed in Spain* - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirigete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



---

**PRIMERA PARTE**

«Todas las historias empiezan  
con una luz tímida.»

---

Isabel deja la maleta en el suelo y se seca la frente sudorosa con la mano. Por la ventana del piso gris y pequeño no pasa ni un hilito de aire, tan solo se oye el griterío de lo que parece ser el pueblo entero reunido afuera.

—Toda la semana son las *festes patronals de la Mare de Déu de la Misericòrdia*. —La chica joven saca la cabeza por la ventana del cuarto y señala a la calle—. La *processó* pasa justo por aquí debajo y va a empezar ya, así que, si quiere salir a ver un poco el pueblo, no debería tardar.

La chica la mira con la llave en la mano, impaciente.

—El lunes vendrá Jaume, que es el practicante, a enseñarle cómo va el agua.

Isabel no dice nada. Intenta fijar en el batiburrillo de su cabeza cualquier pregunta que necesite resolver antes de que la prisa lleve a su única referencia en el pueblo a salir por la puerta.

Siente los círculos húmedos de sudor sobre su vestido gris oscuro. Venía pensando solamente en poder darse una ducha de agua bien fría.

—¿Y hasta el lunes no puede venir?

—Es que mañana es domingo y es la misa mayor, y... doña Consuelo me dijo que le diera las llaves y ya.

—Ah, bien. ¿Y él vive cerca?

—Sí, claro. Él vive aquí, en el piso de abajo.

—¿El practicante vive aquí abajo?

La chica asiente. ¿Hay una persona pinchando las venas de la gente justo debajo de donde ella va a dormir...?

---

—Pensaba que en este edificio solo vivíamos las maestras.

—No..., las maestras, las *fadrines*, suelen vivir en el otro bloque, más arriba en el pueblo. Allí está doña Ana. Y después está doña Carmen que es del pueblo de toda la vida, y...

—Yo sustituyo a doña Ana.

—Ah, pues...

La chica se encoge de hombros. Isabel no entiende por qué no le ha tocado a ella vivir en el edificio de las maestras, donde se ve que vivía la doña Ana esa, ni por qué le ha tocado ir justo a la casa que está en la misma plaza principal del pueblo. Pero no se lo quiere preguntar a esta chica, que parece más joven que ella y que ya se ve que no se entera de nada. Se produce un silencio incómodo y alguien afuera grita: «¡No apelo-tonarse! ¡Ponerse en orden!».

—Las llaves.

Isabel las coge.

—Oiga... ¿y esa puerta qué es?

Le señala con la cabeza una puerta más pequeña de lo normal al fondo de la estancia.

—Es que no lo sé, pero seguro que Jaume o doña Consuelo le dirán. —La mira con recelo, esperando que Isabel no haga más preguntas, y antes de que pueda abrir la boca, dice—: Bueno, pues... ¡adiós!

Y se va, como un ratoncillo liberado.

Isabel mira a su alrededor.

El piso o, más bien, la habitación es pequeña, y aun así se ve vacía. Se quita el vestido, sudado de haber ido como sardinas en banasta en el tren, y lo tira al suelo con placer. Se sienta sobre la cama a observar un momento su nuevo hogar. Las paredes están pintadas de un blanco mortecino y dispone de los objetos justos: el armario o puerta que la chica no ha sabido decirle qué encierra, la cama, estrecha y delgada, una pequeña cocina con una pila de *pedrapiquer* roja, y un *fogonet*. Una mesa, excesivamente grande comparada con la cama, adornando el centro del piso. Encima, un jarrón vacío y sucio. No hay ninguna silla. Al lado de la única ventana de la estancia, un aseo

---

minúsculo. Las baldosas amarillas son bonitas. Es realmente pequeño: justo para guardar un inodoro, una pila y un balde grande de metal para lavarse, vacío de agua, tal y como la muchacha le ha advertido.

Se acerca a la ventana, retira un poco la persiana y observa la plaza. La procesión sigue a punto de empezar. Isabel entiende que los que van a deambular llevando las andas de la Virgen sobre los hombros son el grupo de hombres que se organizan por orden de altura, los bajos delante y los altos detrás. Los flanquean unos pocos militares vestidos de caqui, con carabinas apoyadas en la palma de la mano, apuntando al cielo, y gorras como aviones de papel en la cabeza. Las madres y otras chicas agarran a los bebés, todas con la cabeza tapada con un velo negro, y alguno blanco. Algún bebé berrea, algunos niños se empujan entre ellos para llegar a una mesa larga donde una señorita les enciende un cirio largo y blanco. A la mayoría se les apaga al andar dos pasos y vuelven a ponerse, tras un corto berrinche, al final de la cola. «Pues tan rápido no empezará la *processó*...» A esa mesa llega la muchacha que hace un momento le ha dado las llaves. Le susurra algo al oído a la mujer sentada y ambas miran hacia la ventana donde está Isabel, que suelta las láminas de la persiana rápidamente para ocultarse. Saca de la maleta el otro vestido: el azul, el bueno. Quería guardarlo para llevarlo limpio su primer día en la escuela, pero ahora no tiene otro remedio que ponérselo. Antes de cerrar la puerta, coge del suelo el gris oscuro, el que se había quitado, y lo cuelga sobre el retrato del Generalísimo que preside la ventana, tapándolo del todo.

Sale. El calor le cae encima como un cubo de líquido espeso. Enseguida se ve atrapada entre bracitos infantiles, sudorosos y sin intención alguna de moverse, como muebles puestos por medio, que tiene que ir apartando con los codos. Pasa entre ellos, por detrás del rector y sus monaguillos, como puede, y llega a la esquina de esa calle con la plaza mayor. En ese punto no puede hacer más que pasar por en medio del punto de salida de la procesión. Desde el otro lado, busca un sitio

---

donde poder echar un vistazo apartada de la gente. Se acaba colocando cerca de las mesas exteriores del que tiene pinta de ser el único bar del pueblo, donde unos señores mayores descansan el culo y fuman unos puros gordos. Hay tanto sol todavía, que no destaca la lumbre de uno solo de los cirios en el aire.

Uno de los viejos sentados en la mesa tras ella levanta un bastón, largo y fino, y le da unos golpecitos en la cintura para hacerla apartarse a un lado, sin moverse un centímetro de su silla. Isabel se ruboriza y mira al frente. La procesión está a punto de empezar, por fin. Alguien lanza un disparo al cielo. La Virgen levita por encima de las cabezas de los hombres como el bote de un náufrago sobre una ola, y la gente arranca a andar lentamente. Un montón de niños llevan con emoción y cuidado los cirios encendidos entre las manos.

De entre ellos, Isabel ve salir de repente a una anciana con una bata de flores raída y el pelo blanco y encrespado. La anciana abre una boca enorme y sin dientes, empuja a la multitud hacia los lados y corre despavorida hacia delante, soltando un grito agudísimo. La gente primero se alarma, algunos niños se caen, confundidos y molestos, y la estructura de la Virgen se tambalea peligrosamente entre gritos de los asistentes y la turbación de los militares, en todo un caos generalizado. La anciana huye sin mirar atrás y, en su carrera, su chillido espeluznante se sigue oyendo desde lo lejos.

Entonces Isabel sabe que no se va a quedar mucho tiempo en Manuel.



---

Los domingos son los días en los que Carmen se siente especialmente guapa. Le lleva un rato largo peinarse, se perfuma. Unta los dedos en la lata de Nivea y se la regala por cada centímetro de la cara, con movimientos redondos y de mimo a sus pómulos generosos como dos saluciones. Saca los pendientes a pasear adornando unas orejas ansiosas de escuchar otras voces que nos sean la de su madre, o la de su padre. Solo hubo un domingo que no acompañó a la familia a la iglesia, uno que tuvo una migraña tan y tan fuerte que solo pudo quedarse encerrada en la habitación con las persianas bajadas del todo. Se abrazó al cojín y se quedó muy quieta, durante horas, en la convivencia del silencio con su propia respiración. Nunca se había dado cuenta del silencio que había en el pueblo los domingos por la mañana. Sintió como si Dios y el mundo entero se hubieran metido en la iglesia y la hubieran dejado a solas con las casas y los gatos. Luego regresaron todos y se despertó oyéndolos comer abajo, con el pling y el plong de la cubertería.

Pero este domingo están todos en la calle, ella agarra por el brazo, contenta, a su tía Nieves, que le pregunta qué día vuelven a empezar las clases.

—Pues el miércoles, cuando acaben las fiestas.

Carmen ha intentado decirlo flojito, pero su madre lo ha oído. A veces parece que su tía meta la pata a propósito. Su madre pone cara de echarse a llorar, y se tapa la cara con el velo negro.

—¡Vamos, Amparo no te cojas estos disgustos, ni que la niña se fuera a vivir a Valencia!

---

Julito, su primo, que anda por atrás, dice:

—A este paso no vas a poder casarte nunca.

—No seas así..., que vosotros no podéis entender que las madres queremos a nuestros hijos con una devoción tan grande..., tan grande... —La tía Nieves apoya la cabeza sobre su hombro y le tira un poco de la mantilla de blonda.

Carmen mira a su madre, que camina con ademán compungido, pero hoy ni siquiera ella, ni siquiera la tía, pueden quitarle el buen humor. Nunca le han gustado las vacaciones, pero los días justo antes de volver a trabajar, sí. Es ese pequeño impase de dos, tres días, en que todo el mundo vuelve distinto, desconocido en el buen sentido. Y eso la incluye a ella. Vuelve de la casa de Gandía con su familia a pocos días de que se acaben las fiestas, y, en secreto, se siente un poco como si fuera su cumpleaños y el pueblo se vistiera de banderines y música para recibirla, compartiendo su alegría por estar de vuelta. Le ofrece al pueblo una versión de ella misma un poco mejorada, más bonita si cabe, más olorosa, como un ramo al que se le van añadiendo flores y lazos. La banda que recorre las calles, los niños con los petardos, los cohetes *d'eixida* para recibir a la *Mare de Déu*, las guirnaldas, las cenas al aire libre... La gente va limpia, dispuesta, nueva. Y ella intenta estarlo también.

Llegan a la plaza del Caudillo —para los pueblerinos, la plaça del Sol—, repleta hasta arriba de gente. El campanario amarillo, del mismo color amarillo que la luz del sol, las banderas rojas y negras de la Falange, la cruz grabada en la pared de la iglesia. Julito se aparta una avispa que le ronda la cabeza y anda a saludar a sus amigos, impostando una voz algo más grave. Las del grupo de tejedoras de Acción Católica han debido tejer la bandera, porque la farola está cubierta con hilo de lana de colores rojo y amarillo. Hay tanto movimiento que a su madre ya se le ha pasado el disgusto de hace un momento y saluda con dos besos de los que se dan al aire a las señoras. Todas se preguntan por las vacaciones. Carmen disfruta de los ojos ajenos y del cariño con el que se cubre a su familia. Se le acerca la madre de Catalina, con su hijo mayor que está estu-

---

diando nada más y nada menos que Ingeniería, y le estrecha las manos entre las suyas como quien sostiene una paloma blanca, y le dice que este verano su hija no hablaba de otra cosa que de volver a la escuela. «¿Pero usted qué les da?» va diciendo la madre de Catalina, y a Carmen se le cierran los ojos de sonreír tanto.

Y antes de llegar a la puerta de la iglesia, un grupo de niñas gritan su nombre y, corriendo hasta la plaza, se abalanzan sobre ella, abrazándose a su cintura. Las niñas hablan todas a la vez, excitadas de verla y también de verse después de tantos días. Rezuman una emoción muy parecida a la de Carmen, pero ella debe exteriorizarla con algo más de prudencia:

—¡Maestra Carmen! ¡Maestra Carmen!

—*Xe, fuig, que hi estava jo!*

Marina, Lourdes, Marita, Catalina, Lola, María José... Todas con un lazo adornándoles el pelo, la abrazan tan fuerte que Carmen pierde un poco el equilibrio.

—¡Señorita, la hemos echado mucho de menos!

—¡Sí!

—¡Mire, mire, maestra!

Lola Sangil, que siempre ha sido la más *esquifeta* de todas, se señala los dientes minúsculos y entre ellos un espacio vacío. Las niñas atienden a lo que Lola exhibe y algunas se palpan la boca, buscando también algo que pudieran mostrar.

—*A mi també m'han caigut, mira* —la pequeña de las Cortés, Marita, la intenta apartar con el codo y se estira las comisuras con los índices hacia los lados, para ofrecer a Carmen una encía también desdentada—, *se me van posar una damunt de l'altra i no queia i no queia, se me van sobreponer i ma mare em va dir que quasi, quasi hem d'anar de veres al dentista de Xàtiva a peu i tot!*

—¡Hay que ver, eh! Qué mayores y guapas que os habéis hecho. ¿Habéis leído mucho este verano?

—¡Mi hermana este año ya va con las mayores! La *tindrà* a usted de maestra —dice Marita.

---

—¿Ah sí? Y a ver, ¿dónde está tu hermana, que yo la vea?

La niña se gira hacia la iglesia señalando con el dedo a una multitud agrupada ante la puerta.

Carmen ve a doña Consuelo al instante, tan seria como siempre y con un faldón negro que parece un toldo. «Madre mía, si se estará asando de calor...» Carmen se dirige hacia ella con una gran sonrisa y las niñas la siguen como una banda de patitos. Hay alguien más al lado de la directora.

—¡Niñas! ¡Disciplina! *Au!* Venga.

Doña Consuelo las dispersa con esta orden contundente. Se quedan ellas dos y su acompañante desconocida, que mira sobre todo al suelo, y luce algo pálida. La chica es tan rubia que, con el sol dándole directamente en la cabeza, parece que tenga el pelo blanco. Lleva las manos metidas en los bolsillos de un vestido azul que le va algo grande, y eso que es alta. Seguro que ahora mismo le gustaría ser bastante más pequeña y esconderse, porque tiene la misma cara que tienen las niñas cuando agarran un virus estomacal.

—¡Doña Consuelo! Qué alegría verla. ¿Cómo ha ido el verano? —Los ojos de Carmen se mueven de la una a la otra y sus pómulos saludan, saludan mucho.

—Preparando el curso y dejando todo listo. Hay mucho trabajo, mucho. —La directora ya se muestra estresada, incluso antes de que empiece el curso, y mira con severidad a su alrededor, como si la gente en la misa mayor ya estuviera entorpeciendo su inicio.

—Claro... Gracias, no sé qué haría este pueblo sin usted. Siempre tan necesaria y cumplidora. ¡La suerte que tenemos...!

Carmen pone su mano sobre el codo ardiente de la directora, representando una escena de elogios que no está escrita en ningún sitio pero que tiene lugar cada año.

—Vayamos para adentro. —Doña Consuelo entra en la iglesia y entonces parece acordarse de la presencia de la chica rubia—. Ah, esta es doña Isabel. Ha sido destinada desde Cartarreja. Es la que sustituirá a doña Ana este curso.

---

—¡Oh! ¡Qué maravilla! Soy doña Carmen, la maestra de cuarto.

La chica le responde con un pequeño golpe de cabeza.

Carmen se ha sorprendido. Habría jurado que la chica no hablaría su idioma. Van entrando todos a la iglesia, estrecha pero alta, toda pintada de rosa y dorado. Decenas y decenas de abanicos negros aletean desde los bancos como bandadas de estorninos.

—Doña Carmen es una de nuestras maestras más consideradas. Lleva dos años con nosotras.

Doña Consuelo se santigua y hace una pequeña reverencia en dirección al altar. Carmen hace lo mismo, y la chica se santigua mal, de derecha a izquierda. «¿Seguro que no es extranjera?» La directora levanta el mentón indicando la parte de delante de la iglesia.

—Nos sentamos allí, en el segundo banco de la derecha. La chica asiente.

—Cualquier cosa que necesite, yo ya estoy... Bueno, vaya, vaya, ¡ya hablaremos, lo siento!

Se separan deprisa y ya toca estar en silencio. Carmen busca a su madre entre las señoras, y se sienta saludando a todas entre murmullos, sonrisas y velos. El párroco se acerca al altar y besa el ara. La misa empieza y el siseo de la gente aminora. Carmen mira a su alrededor, contenta, y sus ojos se paran en el segundo banco. Unos segundos más tarde, la muchacha rubia vuelve la cabeza hacia ella, y las dos se miran. La chica le devuelve una sonrisa tímida.